

Editorial

Durante al menos los últimos treinta años los procesos de desintegración y deterioro del tejido social se han ido agudizando. Grandes masas de la población quedaron afuera de la toma de decisiones sobre el presente y el futuro, al mismo tiempo que las instituciones que durante años habían cohesionado y dado sentido a lo social -la escuela, la familia, el trabajo- se rompían. Paralelamente, los niveles de violencia en la vida cotidiana fueron aumentando como producto de una socialidad descuartizada. En pocos años, los relatos se llenaron de muertes, asesinatos, actores peligrosos, caras del mal y posibles salvadores, junto a la enunciación de una verdad que, al ser reforzada por las encuestas de turno, no admitió crítica: el problema de los argentinos es un problema de seguridad; la violencia es un problema de seguridad. Y entonces desde allí, las posibles respuestas ligadas, la mayoría de las veces, a un mayor control y estigmatización sobre los que quedaban afuera.

En el presente número de *Oficios Terrestres* nos interesa desnaturalizar esta idea e incorporar un diagnóstico que nos permita entender la fuerte asociación entre desintegración social y violencia, para así poder avanzar en otras respuestas.

Nos interesa pensar la asociación entre la profunda ruptura del lazo social, efectuada en los últimos años, con las nuevas y viejas formas de estigmatización de aquello que irrumpe cuestionando los trazados de la exclusión social. Creemos que en nuestras carreras de comunicación es importante desnaturalizar el modo en que los medios, en infinito juego de espejos, reproducen que

la inseguridad es un relato sin historia y entendible en sí mismo, creador de identidades fijas que se reducen, por un lado, a las víctimas y, por otro, a los creadores del mal.

Estamos en un momento histórico donde desde diferentes espacios se reclama y se apuesta a la reconstrucción de un proyecto colectivo que pueda imaginar un destino común. Un proyecto de nación que no descansa sólo en la mejora de los indicadores macroeconómicos, o en estrategias asociadas al marketing electoral, sino que ponga en debate la necesidad de recuperar políticas de inclusión social. Si años de neoliberalismo han fragmentado hasta límites inimaginables las viejas formas de integración, construyendo la idea del otro excluido desde el peligro, la xenofobia, la violencia y la marginalidad, cualquier proyecto que plantee desde el presente revertir ese proceso necesita defender la recuperación de posibilidades de vida dignas para esos actores.

Los altos índices de popularidad e imagen positiva que exhibe la gestión del gobierno nacional constituyen una base de apoyo popular imprescindible para profundizar el avance en políticas que discutan la redistribución de la renta nacional, la defensa del salario, la cuestión tributaria, etc. Un avance en el que también sean una cuestión prioritaria las políticas culturales y comunicacionales que permitan dar lugar en el espacio social a todos aquellos que los fundamentalistas del mercado, disfrazados de apolíticos, han transformado en sujetos con identidades deterioradas.